

LAS SIETE VIDAS DE ROY SULLIVAN

La leyenda de Roy Sullivan empezó aquel día cuando patrullaba con su land rover por el parque nacional de Shenandoah, donde trabajaba como Guardia forestal. Le sorprendió una tormenta en el Whiteoak Canyon Trail y tuvo que refugiarse en una torre de vigilancia contra incendios que no tenía pararrayos. Al ver que los relámpagos iban directos como flechas, haciendo saltar chispas a su alrededor, Roy se asustó y trató de huir a un lugar más seguro. Salió corriendo de la torre sujetándose el sombrero con fuerza, pero sólo había dado unos pasos bajo la lluvia cuando oyó un chasquido ensordecedor y una luz brillante le cegó durante unos instantes. Al recuperar la visión, llamó su atención una larga línea de pequeñas quemaduras que corrían por su pierna derecha y un agujero humeante en su zapato del que goteaba sangre. Un rayo le había destruido el dedo gordo del pie derecho.

-Has tenido suerte, Roy- le dijo Duncan, el médico de Dooms que le operó para reconstruírselo-. Ese rayo te podía haber matado.

Roy le explicó todo tal como había ocurrido. A Roy le gustaba explicar historias, y no solo al médico, sino también a los turistas que visitaban el parque. Era atento con todo el mundo y cuando alguno se quedaba a charlar un rato con él, le explicaba anécdotas sobre osos y serpientes. Las de osos eran sus favoritas, y durante su vida ahuyentó a veintiún de ellos con palos. Pero nunca había podido explicar que había sido impactado por un rayo. Ahora sí. Eso gustaba a los turistas, ansiosos de tener cosas que contar de regreso a su casa.

Eso ocurrió en 1942 y, veintisiete años después de aquel incidente, Roy Sullivan ni siquiera pensaba en él. No le había quedado ninguna secuela aparte de la cicatriz en el dedo del pie y se sentía afortunado de haber sobrevivido.

Pero una tarde, mientras circulaba por la ruta Apalache, otra tormenta le sorprendió y un segundo rayo impactó en un bosquecillo de árboles cercanos, rebotó, atravesó la ventana abierta de su land rover y golpeó a Roy fulminantemente.

Cuando recobró el conocimiento vio que sus cejas, sus pestañas y la mayor parte de su pelo se habían quemado, y también su hombro derecho. Además, su camioneta había seguido circulando hasta caer por un terraplén.

-Parece increíble, Roy- le dijo Duncan-. Pero bueno... tú eres guardabosques... Estas cosas pasan.

Roy empezó a vivir intranquilo. Patricia, su mujer, le veía más retraído y huraño. Seguía manteniendo su sentido del humor, pero no era el mismo Roy de antes.

Un año después, a Roy le golpeó un tercer rayo, también de rebote. Esta vez impactó primero contra un transformador de luz cercano a su casa, atravesó su jardín y fue directo hacia él mientras se bebía tranquilamente una cerveza apoyado en un poste de madera del porche. Lo arrojó varios metros hacia atrás como si fuera un pelele. Roy se levantó aturdido y huyó hacia el interior de su casa. Estaba en estado de shock, y aunque solo tenía un rasguño tuvieron que llevarlo al hospital y darle un montón de tranquilizantes.

Roy amaba la naturaleza, pero los rayos le estaban volviendo paranoico...

-¿Y a quien no? -le dijo Duncan, a quien ya no le quedaban argumentos para rebatirle.

Parecía que la naturaleza se estaba cebando con él.

Y así era, porque un día, cuando se encontraba en el interior de la oficina durante una tormenta, un nuevo relámpago penetró por una ventana abierta, haciendo saltar todos los papeles que había encima de la mesa. Cuando los restos voladores se asentaron y el zumbido en sus oídos se calmó, Roy oyó un extraño sonido crujiente, como el de una bolsa de patatas siendo estrujada. Se tocó el cabello y notó que estaba ardiendo. Corrió al lavabo y empapó unas cuantas toallas de papel, pero para cuando pudo apagar el fuego, las llamas habían destrozado la mayor parte de su fino cabello blanco.

Pero las cosas no acaban aquí y el siguiente rayo, el quinto, le tocó un año más tarde, en 1973, mientras patrullaba el parque.

De nuevo, una tormenta de aspecto traicionero, como las llamaba él, comenzó a asomar en el cielo.

-¡Maldita sea! -pensó Roy.

Roy giró el volante y se alejó a toda velocidad en dirección contraria. A menudo miraba a través del retrovisor y le parecía que la nube le seguía.

-¡Tu puta madre! -gritó Roy.

Roy aceleró y al cabo de un kilómetro más o menos, cuando se sintió a salvo, salió de su land rover y se alejó unos pasos caminando. Y entonces un nuevo rayo le quemó su brazo izquierdo, su pierna izquierda, le arrancó el zapato y saltó a su pierna derecha por debajo de la rodilla.

Parecía que un francotirador le estuviera esperando para matarlo, pero nunca acertaba. ¿Era una víctima o un héroe?. De la noche a la mañana, todas las televisiones locales y algunas nacionales se interesaron por el caso de Roy Sullivan, el súper hombre que había sobrevivido cinco veces al impacto de un rayo. Le llamaban "El pararrayos" "El hombre antorcha" o "el hombre relámpago". Pero Roy no era un súper héroe, sentía verdadero pánico a los rayos, y ese pánico era lo que le impedía actuar con lucidez.

La misma ansiedad le hacía huir atolondradamente, como quien huye de un poderoso enemigo invisible que te está acechando. Así que, a partir de entonces, Roy decidió que los días de lluvia no saldría de su casa y además protegió sus ventanas con chapas de madera, y colocó en su cama cuatro pequeños pararrayos adosados a cada una de las patas.

-¿Estás bien, Roy? Te encuentras bien?- le preguntó Duncan cuando regresó al trabajo después de estar casi seis meses de baja.

¿Qué iba a decir? Ni siquiera él recordaba como había sido. Le decían que se lo tomara con calma y él respondía que esperaba que esa fuera la última vez.

Le entrevistaron en varios Late Shows y en uno de ellos "Esto es la verdad" Roy le dijo muy serio al entrevistador:

-Nunca he sido un hombre temeroso, pero tengo que decirte la verdad, Bob, cuando oigo un trueno, me echo a temblar.

Roy estaba reclinado en una silla, con las piernas estiradas, las manos cruzadas sobre su cintura y mirándose los zapatos. Llevaba un sombrero Boy Scout.

Bob Giraldo, que media un metro cincuenta y cuatro, tuvo que estirar su pequeño cuerpo para coger un zapato viejo y agujereado que había sobre una mesa situada entre ellos dos.

-¿Es este tu zapato, Roy? -le dijo mostrándoselo.

-Así es. Me lo destrozó el primer rayo.

-O sea, el rayo te hizo este agujero -dijo Bob metiéndole el dedo.

-Y tanto -dijo Roy-. Me destrozó el dedo del pie.

Bob Giraldo presentaba un programa de personajes curiosos, y atraído por la historia de Roy había decidido entrevistarlo. Roy, por su parte, sabía que su fama atraía turistas al parque, y por eso no le importaba explicar su vida a quien se lo pidiera.

Incluso le propusieron que exhibiera sus prendas quemadas en el museo del parque: dos camisas, un par de pantalones, el sombrero y el zapato, y él había

aceptado a modo de recordatorio para los turistas intrépidos.

Bob Giraldo estiró el brazo y cogió un sombrero que había sobre la mesa, junto al zapato. Lo observó con los ojillos entornados tras sus enormes gafas de pasta. Era un sombrero viejo con un agujero enorme en la parte superior. Lo estudió con aire solemne, metiendo su pequeña mano en el agujero.

-¿El segundo rayo te hizo este agujero, Roy?
-dijo Bob.

-Así es. Y me quemó el pelo, las pestañas y las cejas- respondió Roy.

Bob volvió a dejar el sombrero sobre la mesa y miró el guión que tenía sobre las piernas. Al cabo de unos instantes, dijo:

-¿Es verdad Bob que has espantado veintiún osos con palos?

Roy trataba de recordar.

-Es que pierdo la memoria ¿sabes?

Bob le dijo que se tomara todo el tiempo que quisiera. Los impactos de rayo habían afectado a la memoria de Roy y a su sistema nervioso, y no daba más de sí. Sufría insomnio, dolores de cabeza y había

olvidado muchos nombres y fechas.

-Sí, veintiún osos- dijo finalmente.

El presentador se puso muy serio y con ese interés mórbido que tiene algunos presentadores y que hace subir la audiencia, le preguntó:

-¿Podemos ver tus cicatrices, Roy?

Roy se levantó, se desabrochó la camisa, se arremangó los pantalones y enseñó las quemaduras en sus brazos, piernas y espalda. No dijo nada. Tan solo se giró hacia ambos lados para que la cámara lo pudiese captar bien.

-¿Así está bien? -preguntó Roy.

Ver a Roy por el pueblo de Dooms con quemaduras de rayo empezó a ser una cosa normal y los vecinos se tomaron su caso también muy en serio. Se preguntaban si era seguro estar a su lado en un día de tormenta. Incluso Ted Franzen, su mejor amigo, al ver que se acercaba una tormenta, le dijo una vez:

-Bueno, Roy... Nos vemos luego-.

Y se fue.

A Roy le apenaba que sus amigos y sus compañeros le evitaran, pero se dedicó a dar consejos a los demás. Pedía a sus ayudantes que se alejaran de él los días de lluvia, y le llamaban de las escuelas para que diera charlas sobre medidas de seguridad en caso de tormenta. El cómico Greg Toland hacía broma sobre eso. Decía que enviar a Roy Sullivan a dar charlas sobre medidas de seguridad en caso de tormenta era como enviar a un ladrón a dar clases de ética a la universidad.

Cuando se jubiló en 1975, se había vuelto una persona atemorizada y huidiza. Tenía la sensación de que tarde o temprano le tenía que caer otro rayo y que este sería el último. Durante treinta y cinco años había vivido bajo el yugo de la naturaleza, que le venía acechando y disparando no sabía muy bien porqué. Roy nunca entendió porqué le había tenido que tocar a él.

Fue durante un día de pesca en un arroyuelo cercano a su casa cuando a Roy le impactó su sexto rayo. Le golpeó la parte superior de su cabeza, le chamuscó el pelo, viajó hacia abajo y quemó severamente su pecho y estómago. Roy huyó hacia

su camioneta y, al llegar, se dio cuenta de que un oso se estaba comiendo su caña de pescar.

Muy malherido y apenas sin tenerse en pie, Roy aún tuvo fuerzas para arrancar la rama de un árbol y ahuyentar al oso a bastonazos.

A Roy lo enterraron en el cementerio de Dooms; a su entierro asistieron sus cuatro hijos, su esposa Patricia y sus compañeros del parque nacional de Shanandoha, así como sus vecinos y algunas personalidades locales.

Roy Sullivan había acabado por ser un hombre respetado en la comunidad; el superviviente de una misteriosa guerra personal contra las fuerzas de la naturaleza. Un periódico local comparó su vida con la del héroe griego Ulises, que se pasó media vida huyendo de la implacable furia de Zeus.

Unos decían que Roy Sullivan había tenido mala suerte; otros le consideraban el hombre más afortunado del mundo porque había tenido siete vidas.

Fuera como fuera, cinco años después de ser enterrado, cayó una fuerte tormenta sobre el pueblo de Dooms.

Era de noche y un séptimo rayo impactó en el cementerio justo en el lugar donde estaba su tumba y la partió en mil pedazos.

Así fue.